

El que emprende la jornada de la vida provisto de un conocimiento profundo de los libros, pero superficial de los hombres, es decir con la cabeza llena de ideas ajenas, y pocas ó ningunas propias, se encontrará á menudo tan desazonado y perplejo, como un holandés sin su pipa, un frances sin su querida, un italiano sin su violin, ó un ingles sin su paraguas.

A medida que un pueblo se desmoraliza y se corrompe, se mira el pobre mas despreciado y desvalido, y adquieren las riquezas mayor estimacion. No sucederia tal si todos indagaran porqué causa han empobrecido unos, y cual es el origen de las riquezas de otros, pues de semejantes investigaciones resultaria frecuentemente que la inmerecida infamia del pobre se

tornase en noble orgullo, y la opulencia de rico en oprobio y en afrenta.

Para que no hubiese desafios se necesitaba de una sociedad en la cual todos aquellos que no fueran buenos cristianos, fuesen al menos cumplidos caballeros, y si no, filósofos.

El indicio mas cierto y humillante de una irremediable esclavitud, es precisamente esa letargia de accion, ese letargo que al fin llega á apoderarse de sus estúpidas y miserables victimas. Percibe esto el filósofo con tanta claridad, como el médico que echa luego de ver es dolencia mortal aquella en que el paciente ni se mueve, ni es sensible al dolor.

(Se continuará.)

LAS VICTIMAS DEL AMOR Y DE LA IRA.

HISTORIA VERDADERA.



MUCHOS de los placeres que recibimos llueven tan abundantemente sobre nosotros, ocurren de tal manera cada día, que los apreciamos en mucho menos de su valor real. Esto sucede con la felicidad doméstica. Estamos tan acostumbrados á ver el afecto de una muger, en el hogar de un amigo ó en el nuestro propio, que lo vemos, tal vez ligeramente, y á nuestra costa descubrimos algunas veces que nuestro descuido ácia la planta que hemos tomado del suelo palerno, empaña su belleza, arranca su tallo y extingue su vida.

Desarrollándose generalmente los afectos de la muger en la uniformidad de la vida doméstica, se manifiestan en el lecho del enfermo ó en la cuna del niño y no excitan ninguna sospecha de que en alguna circunstancia puedan ser capaces de hacer frente á los mas grandes peligros y soportar los mas tremendos trabajos.

Como quiera que sea ofrece, una prueba de la verdad de esto, un acontecimiento que ocurrió en las Indias orientales y de que fui testigo.

Enrique Seward era un soldado raso del ejército á que yo pertenecía, y ningun hombre de él sabia mejor su deber ó tenia un mayor respeto á las leyes marciales. Su muger, á quien se le habia permitido llevar de Inglaterra, excitó un interés por su figura que su historia debia aumentar. Era hija de un eclesiástico Episcopal y habia sido educada no solo bien, sino con esmero. Pero era romántica. Enrique Seward estaba reclutando en el pueblo donde residia, y procuraré decir porqué se casó con un soldado raso. Oramos algunas veces sin mencionar otras indefiniblemente y á veces por el impulso del momento. En fin se casaron y Maria acompañó á su marido. Su belleza y modestia atraída le valieron las atenciones de las señoras de los oficiales, quienes en gran manera socorrieron la miseria que como muger de un soldado y la esposa de un soldado raso habria sufrido de otra suerte á bordo de una embarcacion.

Sin embargo, algunos dias despues de esto fué cuando sucedió el acontecimiento á que yo me referí. Por este tiempo se nos mandó marchar á Rascote, donde debiamos reunirnos un ejército, con el fin de intimidar á

Seindianos y en cumplimiento de algun proyecto particular del gobierno.

No se borrará fácilmente de mi memoria el dia que salimos de Bombay. La separacion del marido y de la muger, de los padres é hijos— el adios de muchos á una bella compañera que habian dejado en los hospitales á causa de las enfermedades del clima; la locuacidad de los naturales, la singularidad de los buques en que teniamos que ir al continente, excitaban sensaciones muy particulares.

Hasta el último momento Maria vió á Enrique Seward vivo. No supe, si tuvo algun mal presentimiento, pero se dejaba ver en sus maneras una afliccion extrema. Yo las atribuí á sus sentimientos como esposa, pero se descubria algo mas que el efecto de ellos. Ella no lloraba, pero miraba tiernamente al objeto de su amor como adorándolo; su semblante pálido como la muerte habia quedado vuelto sin movimiento ácia al trompeta, como suplicándole que dilatase un minuto mas el toque de reunion, y cuando al fin el sonido áspero hirió su oido, fué separada de su marido por solo la fuerza.

El gran defecto de Henrique Seward era un carácter violento que aunque desaparecia prontamente, habia retardado sus ascensos en el ejército. Lo inducia de cuando en cuando á dar respuestas á un oficial que rayaban en insubordinacion y produjeron en fin la melancólica catástrofe que voy á referir.

La conducta de Seward con respecto al capitán de su compañía se habia distinguido particularmente por el estilo desdefioso á que he aludido. Juzgaba injusto que el nombre de un sujeto que sabia su deber tan bien como él mismo, no se encontrase en la lista de los oficiales no comisionados, y se aprovechaba de toda oportunidad, para manifestar su sentimiento.

En la india no se permite á las tropas marchar despues de la salida del sol, para evitar los efectos dañosos de sufrir el calor, si no que en general, las tiendas se recogen mientras que la atmósfera está fresca, y se plantan antes de la luz del dia.

Era de noche, habiamos caminado cerca de una hora y durante este tiempo habia observado á Seward llevando sus armas descuidadamente, á veces sesgadas, horizontales, ó arastrando; á veces riendo y hablando estrepitosamente á sus camaradas, por lo que el capitán lo reprendió secretamente amenazándolo con un arresto pronto.—Seward, sin preveer las consecuencias, declaró con un juramento, que

no queria que ningun hombre le enseñase su deber, y echó á tierra al oficial con la culata de su mosquete. Se le desarmó, se le pusieron esposas en el instante y proseguimos sin otro suceso de importancia hasta la siguiente parada. Henrique Seward fué juzgado por un Tribunal Marcial, y convencido con la evidencia mas clara y sentenciado á ser fusilado delante de las tropas reunidas antes de seguir mas adelante.

Perdonamos en sus últimos momentos á nuestros mas grandes enemigos, pero Seward mismo fué su solo enemigo. Intercedimos en vano por una conmutacion de pena. Habia una quietud en nuestro campo regularmente desconocida, aquí y allí los soldados rasos enumeraban los pequeños servicios que habian recibido del preso. El me enseñó á limpiar mis avios, decia uno. El me salvó mas de una vez de las albardas, decia otro.

Habia esa noche en nuestro campo, pocos que durmiesen, y cuando llegó la hora de despertar, se formaron tan prontamente las filas que fué fácil conjeturar que muy pocos cinturones se habian desabrochado desde que habiamos hecho alto. La escena que contemplábamos con la ayuda de una clara noche de oriente, y la quietud sepulcral de la hora, aumentaba el respeto que sentiamos en esta ocasion. A nuestra izquierda, en la mitad de una arboleda de mangosteros se elevaban las torrecillas pintorescas de una mesquita Mahometana cerca de ella el templo del Hindoo y no oiamos otro sonido que el aullido discorde del adive de los bosques vecinos.

Oh! es un trance terrible impeler precipitadamente y de improviso ácia su Hacedor á un compañero mortal. Es terrible ver á un hombre, por el mandato del hombre, dar fin á la existencia de su hermano.—Pero oi la palabra, fuego! y Henrique Seward ya no existia. Un pequeño terreno, y algunas ramas arrojadas sobre él de gracia por algun camarada compasivo, para impedir su desentierro por las bestias de los bosques completaron sus exequias funerales. La última nota de la marcha funeral sonó cuando era cadáver: un aire nacional se substituyó y lo dejamos.

Tengo muy poco que decir, pero en este poco está contenida tal vez la parte mas interesante de mi cuento. Desgraciadamente fui atacado por una de las enfermedades del clima, y me vi obligado para recobrar mi salud á volver á Bombay. Pasé por la sepultura de Henrique Seward, cerca de ella estaba construida

una choza á manera de las del país, la sepultura misma estaba cubierta con un seto de tierra semi-circular semejante á aquellos que se levantan en Inglaterra sobre el muerto. Me aproximé á ellas con el fin de saber si era posible, por quién habia sido ejecutado ese acto de respeto. Entré á la choza esperando ver á algun natural á quien pudiera preguntar. Al principio no vi á nadie, pero oyendo salir gemidos de una miserable cama que estaba en un rincon de la habitacion me dirigí á ella, y juzgad de mi sorpresa y mi compasion, cuando encontré que el residente de esta chosa indiana á doscientas cincuenta millas de todo establecimiento ó campo Europeo era María Seward.

Me miró sin manifestar la emocion que temia le causaria mi vestido repentinamente: sin embargo, levantándose, exclamó, Ah! sois vos?—Lo matásteis? Y queréis destruirme tambien! hacedlo: pero sepultadme con Henrique. He cuidado mucho tiempo su sepultura, pero

ahora ahora no puedo. Mirad, el lobo ádiva han perturbado su descanso.—Oh, padre mi querida, querida madre. Henrique, yo he venido—Dios mio! cayó desvanecida en un miserable lecho y dió el ultimo suspiro.

Solo me queda que decir, que María habia oido hablar de la ejecucion de su marido, y ayudándose de la perseverancia é intrepidez habia llegado á su sepultura: el trastorno de razon excitó la piedad en el corazon de los naturales, quienes construyeron su cabaña, llevaron á su umbral arroz y agua, pero quisieron hacer mas por una cristiana. María cavó una sepultura mas profunda, levantó el monumento de tierra sobre los restos de su marido, que ella cuidaba de los asaltos de las bestias feroces, y cuando perdió de esta manera el vigor de la vida, que no pudo hacer ya su guardia melancólica, murió.

Lector, sepulté á María con su marido, dejé juntamente las víctimas del amor y la ira.

A ISAURA.

GOZA un mundo mas risueño,
que ya el sueño
tus pupilas apagó.
Cierra el párpado cansado,
que á tu lado
mientras duermes, velo yo.

Duerme y goza sin quebrantos
los encantos
de tu pura idealidad;
Goza en paz, virgen paloma,
que aun no asoma
para tí la tempestad.

Duerme y goza de ese sueño
que alhagüeno
pasa rápido por tí;
Duerme y goza, así soñando
que velando
yo tu sueño estoy aquí.

¡Ay! si sueñas tus amores
tal vez llores
de ese sueño al despertar...
Goza, Isaura, duerme, hermosa,

y afanosa
no despiertes á llorar.

Que en el mundo que habitamos
si gozamos
un momento de placer,
Es tan solo, cuando impresos
vemos esos
sueños mágicos correr.

Que esta es tierra de dolores;
los amores
son quiméricos aquí.
Goza en sueños fiel paloma
que aun no asoma
la tormenta para tí.

Bien plegadas, y tranquilas
tus pupilas,
bella Isaura, las manten;
No despiertes, afanosa;
duerme, hermosa,
que los sueños son tu bien.

No despiertes; que es tu sueño,
cual beleño

que embalsama tu existir;
Goza pues de sus quimeras,
y no quieras
penetrar su porvenir.

Goza así tranquilamente
de tu ardiente
pasajera juventud,
Pero en sueños ¡ay! y en tanto
que yo canto
tu hermosura y tu virtud.

Que al dejar el casto lecho,
si deshecho
se desata el temporal,
Ajaráse á sus vaivenes
de tus sienes
la corona virginal.

Tendida flor, cuyo capullo tierno
el aura suave del estío roza,
vendrán los yelos del cercano invierno
y harán pedazos tu imperial carroza,
Pero hasta entonces, en tempestad ó en calma,
á la enramada de tu infancia asida
con altivez de la africana palma
alza hasta el cielo tu cabeza erguida...
Hasta entonces no mas; que rebramando
vendrá el pedrisco que el turbion arroja,
é irá de tu almo cáliz arrancando
las galas y el verdor hoja por hoja...
Goza hasta entonces, pues; hermosa y
niña,

sin turbio porvenir que te amedrente,
la Providencia protectora, apiña
deleites mil sobre tu casta frente.

Dulcísimos deleites son, que impresos
quedan por siempre en la memoria, fijos,
cual de una madre los ardientes besos
sobre los labios de sus tiernos hijos.

Gózalos, pues; que mientras tu gozares
de la óptica vistosa de tu sueño,
yo á media voz entonaré cantares
que no interrumpen tu soñar risueño.

Cantares que, si bien muy mas sencillos,
de tu ilusion excedan la belleza;
suavísimos cantares que al oïllo
se aumentará tu lánguida pereza.

He de contarte cosas tan estrañas,
que inmóvil habrás de estar mientras las
cuenta;

sin mover tus finísimas pestañas
de mi sentida narracion pendiente,

Las glorias todas de la antigua Roma,
te contaré; su religion, su ruina;
la culpa y el castigo de Sodoma,
que la venganza provocó divina.

Luego el valor de las edades de oro;
los valientes de Grecia y sus cantores;
los azares de Argélica y Medora
al par de sus tiernísimos amores...
Todo esto te diré mientras gozares
de la óptica vistosa de tu ensueño,
y otros, mas bellos, forjaré cantares,
que arrullen mas tu sosegado sueño.

ALEJANDRO RIVERO.

